

**XII CONSEJO INTERNACIONAL
PARA LA FORMACIÓN Y EL
ESTUDIO DE LA ORDEN
FRANCISCANA**

Ponencia:

«Jóvenes a la intemperie. De los tópicos al latir profundo»

Juan Carlos García Domene
Sacerdote Diocesano
Instituto Teológico de Murcia
jcgd@um.es

“Una realidad pavorosa ya habita entre nosotros,
una realidad de hombres huérfanos
que han soltado amarras con su genealogía espiritual
y navegan a la deriva, extraviadas las cartas de navegación,
hacia la noche sin estrellas.
Y me supe parte de esa singladura trágica y sin retorno.”

(Juan Manuel de Prada, “Hacia la noche”, en XLEISemanal, 1100, 23-XI-2008)

1. Muchos jóvenes y no una sola juventud

Cualquiera de los medios de comunicación, cuando se dirige o se refiere a los jóvenes, lo hace utilizando estereotipos y metiéndolos a todos en un mismo saco, como si sólo hubiera un tipo de jóvenes, y como si se ignorase que dentro del segmento de población juvenil que va de los de 15 a los 30 años hay muchos subgrupos y muchas categorías diversas.

Hay hombres y mujeres, unos viven en el campo y otros en las ciudades, unos pertenecen a una cultura, una raza, una religión o no tienen ninguna, unos adquieren altos niveles de formación y otros apenas han conseguido ninguna formación. Los hay inmigrantes, los hay minusválidos, los hay homosexuales, están los enfermos mentales, y así muchas y muchas singularidades. Hay

muchos jóvenes bien distintos, y por eso no podemos hablar de que haya *una sola juventud*.

En primer lugar, debemos considerar **la edad**. Desde los 15 a los 30 hay tres grupos diferenciados. Primero están los adolescentes que no alcanzan todavía los 18 años. Luego están los jóvenes en formación laboral o profesional que alargan, al menos en Occidente, durante muchos años esta etapa, llegando hasta los 25 o 26 años. Y por último están aquellos jóvenes con un pie en la vida adulta que no acaban de incorporarse a la madurez.

Repito la idea de los videojuegos, la publicidad, la televisión, el cine, y generalmente los medios informativos recurren a estereotipos y rehúsan aceptar la compleja realidad que vive cada joven en cada momento de su vida y circunstancia. Esta realidad variada también afecta a las realidades pastorales y vocacionales. Si no hay dos jóvenes iguales, cómo puede haber una atención pastoral que no sea personalizada.

Podemos afirmar que dentro de la misma generación cronológica, es decir, aunque tengan las personas la misma edad y estudien lo mismo y vivan incluso en el mismo lugar, incluso aunque fueran hermanos de la misma familia, hay tipos distintos de jóvenes: los hay pasotas, conformados, libredisfrutadores, reaccionarios, radicales, altruistas, comprometidos, ilustrados, etc. Las divisiones no acabarían nunca. Más aún, dentro de la misma persona, incluso dentro de cada joven, hay una interioridad y una historia fragmentada; esto explicaría que se pueden dar comportamientos contradictorios y de escasa coherencia, tanto como generación como individualmente¹.

Cinco son los caminos que llevan a los jóvenes a verificar la transición a la vida adulta. Son comunes a todas las culturas y los estadios económicos y las formas de ser y de vivir. Un joven llega a la madurez cuando culmina su formación personal y está preparado para ejercer una profesión o un oficio. Por tanto, incorporarse al trabajo y a la productividad es una manera de dejar de ser joven. Encontrar el amor, dejar a los amigos por una pareja y establecer un vínculo afectivo y un compromiso estable es otro modo de pasar a la vida adulta. El tercer modo de transición es la emancipación de la vivienda familiar: vivir en una casa propia, de alquiler o compartida, es muestra de crecimiento y autonomía personal. Si hablamos de personas creyentes, haber culminado la iniciación cristiana (bautismo, eucaristía y confirmación) también indica que la juventud se ha terminado y que hemos pasado de ser neófitos a vivir en el mundo como testigos del Reino de Dios; si añadimos a esto la decisión vocacional (matrimonio, sacerdocio, vida consagrada) la cosa es más que

¹ Para entender la realidad juvenil española hay que navegar por los Informes de la Fundación Santa María (www.fundacion-sm.com) y por los que presenta el Instituto de la Juventud de España (www.injuve.es); cada vez más los países desarrollados se parecen más entre sí. Cf. FUNDACIÓN SANTA MARÍA, *Los jóvenes y la religión* (SM. Madrid 2004); FUNDACIÓN SANTA MARÍA, *Jóvenes españoles 2005* (SM. Madrid 2006); INSTITUTO DE LA JUVENTUD DE ESPAÑA, *Informe de la juventud 2004* (Madrid 2005).

definitiva. Por último, cumplir 30 años es clave definitiva para entender que la juventud que hoy se prolonga tanto ha terminado.

2. Algunas consideraciones comunes, más allá de los tópicos

En primer lugar resultará útil considerar **la fascinación de la mayoría de los jóvenes por el mundo de la noche**. Los ritmos tradicionales establecidos se han fracturado y parece que el día ha perdido la batalla. También **la movilidad** ha ganado la partida a la estabilidad. Pero decir con simplismo el mundo de la noche es malo y el mundo del día es bueno no forma parte de la genuina tradición cristiana. ¿No decía un himno de Vísperas “La noche es tiempo de salvación”? ¿Cómo conciliar, por tanto, nuestras condenas a la noche con esta experiencia de Dios que actúa una y otra vez de noche? ¿No forman las Vigilias parte de lo mejor del cristianismo? El poeta y el místico describen que la noche es la situación necesaria para encontrarse con Dios.

No estamos defendiendo, por supuesto, un libertino e inhumano modo de diversión (alcohol, drogas, sexo exaltado, violencia...) pero quizá muchos jóvenes están buscando en la noche a la vez que huyen de tanto día absurdo e hipócrita. Quizá no encuentran precisamente guías adecuados y lugares donde acudir y calmar su sed. Un programa alternativo se quiso ofrecer en algunas ciudades españolas y su acogida fue desigual. Más allá de las alternativas posibles, más allá de la condena o de la pasividad se puede encontrar una mediación pastoral entre un extremo -la noche como muerte- y el otro extremo, la noche como salvación.

En segundo lugar está el tema del **cuerpo**, que está siendo exaltado y endiosado por nuestra cultura hasta límites descabellados. Felizmente recuperado, ahora se habría convertido en un tirano y no sólo para los más jóvenes. El cuerpo y el sexo también son una clave esencial para comprender el mundo juvenil. ¿Era razonable aquella represión que dicen vivieron nuestros mayores? ¿Es razonable -por el contrario- una banalización de la sexualidad como la que estamos percibiendo por todas partes?

Más allá del tópico, también aquí hay que encontrar una mediación pastoral. De nuevo, acudir a la Sagrada Escritura y especialmente a las actitudes de Jesús respecto al cuerpo servirá para entender y acompañar esta cuestión. El cuerpo no es malo, ni lo más bajo; forma parte del proyecto de Dios y está como toda la persona destinado a la alabanza, a la glorificación del Padre y al servicio de los hermanos.

¿No sabéis que vuestro cuerpo
es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros
y habéis recibido de Dios, y que no os
pertenecéis?

¡Habéis sido bien comprados!
Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo

(1 Cor 6, 19-20)

En tercer lugar, y mucho más allá de la población juvenil, la sociedad entera parece haber renunciado a su condición de “ciudadanos” libres por la de meros “**consumidores**” encandilados por el fetichismo de la mercancía y del mercado. La dominación que ejercen, especialmente sobre los adolescentes,

las marcas y las estrellas del pop está muy emparentada con el tema bíblico de los ídolos.

No es de extrañar que a los educadores les surja una actitud parecida a la de Pablo en Atenas que, mientras espera a Timoteo y Silas, está “interiormente indignado al ver la ciudad llena de ídolos” (Hechos 17, 16). Más allá de esta rebeldía, y ante una juventud -y una adultez- hipnotizada sólo queda ponerse manos a la obra para desenmascarar la mentira. No es que nuestro mundo no quiera creer, es que quizá ya consagró todas sus energías y todo su ser al dinero y al consumo. Parece muy duro, pero parece cierto.

HIMNO AL DIOS VERDADERO

Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace.
Sus ídolos, en cambio, son plata y oro, hechura de
manos humanas:

*Tienen boca, y no hablan;
tienen ojos, y no ven;
tienen orejas, y no oyen;
tienen nariz, y no huelen;*

*Tienen manos, y no tocan;
tienen pies, y no andan;
no tiene voz su garganta:
que sean igual los que los hacen,
cuantos confían en ellos.*

Israel confía en el Señor: El es su auxilio y su escudo.
La casa de Aarón confía en el Señor: El es su auxilio y
su escudo.
Los fieles del Señor confían en el Señor: El su auxilio y
su escudo.

Que el Señor se acuerde de nosotros y nos bendiga,
bendiga a la casa de Israel, bendiga a la casa de
Aarón;
bendiga a los fieles del Señor,
pequeños y grandes.

Que el Señor os acreciente, a vosotros y a vuestros
hijos;
bendito seáis del Señor, que hizo el cielo y la tierra.
El cielo pertenece al Señor, la tierra se le ha dado a los
hombres.
Los muertos ya no alaban al Señor, ni los que bajan al
silencio.
Nosotros, sí, bendeciremos al Señor ahora y por
siempre.

(Salmo 113-B)

En cuarto lugar, conviene replantear el tópico extendido de hace unas décadas cuando todos afirmaban que los jóvenes no eran religiosos, y que pasaban de largo ante todo lo que oliera a religión.

Los últimos análisis, al contrario, revelan que la juventud se ha “repoblado” de religión, de creencias, de espiritualidad. Un **renacer religioso que no pasa por las Iglesias convencionales**, sino que refleja una mezcla de ideas religiosas que vienen de diversas tradiciones.

Hay quien habla de religiones de sustitución y quien define la situación como bricolaje o religión a la carta. Una actitud pastoral puede ser la de condena inmediata por la poca claridad doctrinal y por el consiguiente alejamiento de la Iglesia y los sacramentos.

Pero quizá otra actitud pastoral -más plausible- sea acoger la búsqueda profunda que está debajo de este comportamiento. Será necesaria una fuerte dosis de paciencia, y sin duda mucha creatividad, clarividencia y tesón místico y profético. Basta acercarse a una tienda de música y descubrir el espacio dedicado a músicas como *New Age*, *Chill Out*,

“La religión goza de buena salud y es protegida por las instancias civiles por sus diversas funciones, entre ellas por los intereses económicos que genera, mientras que no se percibe ni búsqueda ni encuentro con Dios de muchos que la promueven y alientan. El problema está en la falta de sentido, en el malestar difuso ante una sociedad que responde a las demandas existenciales del hombre, con «pan y circo». De ahí la importancia de la mística experiencial, de la hondura humana y del compromiso ético, si las religiones quieren cumplir su tarea misional y evangelizadora.

Por eso el gran problema hoy no es la suerte de la Iglesia, mucho menos su influjo social o su capacidad proselitista, sino despertar la conciencia humana y enseñar a discernir el bien y el mal. Previamente a la evangelización hay que ahondar en la experiencia personal y relacional, para, desde ahí, plantear la pregunta por Dios”

(J. A. Estrada, *Razones y sinrazones de la creencia religiosa*, Madrid, Trotta, 2001, p. 221)

En quinto lugar está la cuestión de **la comunicación**. Sucede en la adolescencia un doble movimiento: por una parte, se cierran unos canales de comunicación y por otra parte, se buscan -desesperadamente- otros nuevos. La situación es enervante: móviles, mensajes, e-mail, Chat, largas conversaciones con los amigos, y a la vez, cerrazón y hermetismo en nuestras casas. ¿Cómo es posible que la Palabra no alcance, no llegue -al menos por un instante- a quien busca y necesita ser escuchado? Parece una contradicción, que cualquier educador ha de afrontar con serenidad, porque en su sano juicio, nadie achacaría toda la culpa al receptor. Si entre Iglesia y jóvenes no hay comunicación fluida será por el emisor, o por el receptor, o por

el canal, o por las interferencias, o por el propio mensaje... Pero ni toda la culpa la tiene la Iglesia ni menos aún los jóvenes.

“Pero para que exista un cambio, sea de la naturaleza que sea, debe existir una comunicación. No se puede modificar ningún aspecto sin que exista una comunicación. Para que se pueda realizar una comunicación que produzca un cambio, hay cuatro factores fundamentales que debemos tener en cuenta. Por un lado, la comunicación siempre es una comunicación de doble sentido; es decir, tiene que haber un emisor y un receptor. En segundo lugar, debe existir un canal de comunicación ya sea verbal, escrito, etc. En tercer lugar, siempre que hay comunicación debe establecerse una interacción, un intercambio. Es decir, debemos partir de la base de que existe una relación entre el emisor y el receptor. Y, en cuarto lugar, debe haber un contexto que favorezca la comunicación. Sobre estos cuatro puntos, tenemos que pararnos a pensar y reflexionar; debemos favorecerlos para que se pueda producir un diálogo. Sin estos requisitos no podría existir un diálogo”.

(Eulalia Alemany, Departamento Prevención, Fundación de Ayuda contra la Drogadicción)

En sexto y último lugar abordamos la cuestión de **la solidaridad**. También es un tópico, aunque positivo. El egoísmo, el pasotismo y la indiferencia conviven en la misma generación e incluso en las mismas personas con la generosidad solidaria más grande que pudiéramos pensar. No es una contradicción, como las anteriores, sino también como todas aquellas es un signo de este tiempo. Ningún joven es absolutamente solidario, ni únicamente insolidario. Pueden convivir en la misma generación y en la misma persona, zonas incoherentes. La intervención pastoral adecuada será la de entender este territorio interior para acompañar un proceso de crecimiento: lo importantes es conseguir que la solidaridad sea una opción que unifique toda la vida, y no el impulso de un entusiasmo momentáneo que dura un poco de tiempo.

El Buen Samaritano que es Jesús nos enseña a actuar movidos por la compasión, a parar nuestros planes y nuestro camino para atender a quien sufre, pero también muestra que es importante prever una continuidad en el socorro prestado cuando da al posadero dinero para mantener la ayuda y cuando se responsabiliza no sólo del hoy sino también del mañana (Cf Lc 10, 34-35).

3. Claves para una pastoral misionera

Es doctrina común entre todos los educadores de la fe, entre los acompañantes y catequistas de jóvenes, la opción por una pastoral misionera. Coinciden las grandes convocatorias de las Jornadas Mundiales de la Juventud y los análisis y propuestas para la acción pastoral de diverso signo².

a. «Dadles vosotros de comer»

(Juan 6, 1-14; Mateo 14,13-23; Marcos 6,30-46; Lucas 9, 10-17)

Los cuatro evangelios –con algunas variantes- recogen el episodio donde Jesús realiza la primera multiplicación de los panes. Llega la noche y están todos en descampado, la multitud se encuentra como tantos jóvenes de hoy: están “a la intemperie” y están “en despoblado”: sin techo y sin fraternidad. Los Doce se acercan a Jesús y le piden que los despida porque la noche se acerca. Y Él, en lugar de escuchar esa fácil solución, les ordena que sean ellos quienes les den de comer.

La multitud está hambrienta y no tiene cobijo y lo mejor será “despedirlos”..., Jesús les hace que busquen y rebusquen entre sus pertenencias hasta que apenas encuentran –es la versión de Juan- un poco de pan y unos pescados que tiene un muchacho.

El milagro se produce cuando han buscado y han encontrado una pequeña aportación que se pone en las manos de Jesús y espera su bendición, su multiplicación. También nosotros, en ocasiones preferiríamos despedir a los jóvenes, incluso a los poquitos que han venido. Nos aturde su situación y sabemos que escasean los recursos y las iniciativas que puedan alimentar su vida. No sabemos muy bien como atenderles, cómo acompañarles, qué hacer por ellos y cómo servirles de cobijo en su intemperie. No parece normal que una gente atenta y que busca se marche con el estómago o con el corazón vacío. Despedir es la salida fácil, dedicarse a otras tareas es la solución más socorrida... Pero también hoy el Señor nos dice: a estos jóvenes, más a la intemperie que nunca, hay que alimentarlos. Y Jesús nos vuelve a decir: “Dadles vosotros de comer”. Nos toca buscar y rebuscar y encontrar algunas pequeñas iniciativas que sirvan de alimento, pequeños proyectos de pastoral misionera que hagan posible un primer anuncio, una primera esperanza...

² Para conocer las nuevas realidades y movimientos eclesiales cf. E. Bueno-R. Calvo (edd.), *Diccionario del laicado y asociaciones y movimientos católicos*, Burgos, Monte Carmelo 2004. Para acceder a los documentos de las Jornadas Mundiales de la Juventud de Juan Pablo II y Benedicto XVI (Buenos Aires, Santiago de Compostela, Czestochowa, Denver, Manila, París, Roma, Toronto, Colonia y Sydney) cf.

www.vatican.va

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/youth/index_sp.htm

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/youth/index_sp.htm

b. Presencia “por amor y sólo por amor”

La pastoral misionera en el mundo de los jóvenes nos exige como primer mandamiento y como primer modo de intervención que estemos presentes. Así de sencillo y así de complicado. Antes de hablar, antes de proclamar, antes de nada es imprescindible y es condición anterior el *estar presentes*.

Una presencia que es continuidad de la misma presencia del Espíritu Santo que nos precede y que acompaña toda la obra de la evangelización. Así lo afirmaba el Concilio Vaticano II: “Es necesario que la Iglesia esté presente en estos grupos humanos *por medio de sus hijos*, que viven entre ellos o que a ellos son enviados” (AG 11). Una presencia que ha de estar también *animada por el amor*, por la caridad con que Dios nos amó, “sin distinción de raza, condición social o religión; que no espera lucro o agradecimiento alguno; pues como Dios nos amó con amor gratuito, así los fieles han de vivir preocupados por el hombre mismo, amándolo con el mismo sentimiento con que Dios lo buscó” (AG 12).

Sólo se pueden crear condiciones para el encuentro de los jóvenes con el Evangelio cuando se comparten –especialmente entre jóvenes no creyentes y jóvenes cristianos- la cultura, el ocio, las inquietudes sociales, el trabajo y las angustias, las ilusiones y los anhelos más nobles. Con toda franqueza, como quien sabe que “no es del mundo”, pero está en el mundo hablando el mismo lenguaje, conviviendo y compartiendo la existencia ofreciendo con su existencia la belleza de la Buena Noticia.

El mandato misionero de Mateo 28 comienza con el imperativo **¡Id!**, que es previo al del subsiguiente: ¡Haced discípulos! Esta presencia de la Iglesia misionera y de los jóvenes que evangelizan a otros jóvenes exige superar una actitud aséptica, desconfiada o distante.

Es una presencia de libertad y liberadora, positiva, de transformación del mundo. Una presencia nada artificiosa, ni prepotente, ni interesada ni exterior. Un estar desde el reconocimiento de lo bueno, lo justo y lo noble; propiciando una comunicación con las semillas del Verbo que están presentes como trigo entre la cizaña en medio del mundo.

Elegir **la presencia** como primer paso en la evangelización es elegir ante todo **el diálogo** como método, **la sencillez y la naturalidad** como estilo de vida y **la humildad y la gracia** como divisa fundamental. Estar presentes, con ahínco evangelizador, es la condición imprescindible para hablar y liberar.

c. Testimonio: Testigos de Jesús con obras y palabras

Antes que pasar a la acción, o antes de conseguir la clarificación doctrinal o la explicación creíble del mensaje cristiano, antes de proponer el seguimiento de Jesús o su causa, debemos aceptar la clave del testimonio como propia de la acción misionera de la Iglesia.

La presencia y el primer anuncio tienen como denominador común *el testimonio de Jesucristo, personal y comunitario, con obras y con palabras*. La comunidad cristiana, en su conjunto, el joven personalmente o el grupo de jóvenes como creyentes son los testigos que dan cuenta ante los otros jóvenes. Ellos cuentan, de palabra y de obra, el amor de Dios a la humanidad, a cada uno personalmente o en grupos, en su ambiente, a tiempo y quizá a destiempo. Los jóvenes, individual o comunitariamente, son el testigo que prueba, el que justifica ante otros, el que aporta credibilidad y autenticidad desde la vida y desde la experiencia personal, desde el seguimiento y el compromiso.

El testigo ha visto al Señor, lo ha escuchado, lo ha sentido como amor y como fuerza y el testigo también ha comprendido que sólo como oyente de la Palabra puede ofrecer su testimonio veraz. El testimonio se apoya en una experiencia íntima que compromete a toda la persona. “Venid y lo veréis”, “Hablamos de lo que hemos visto y oído”. Es una experiencia de sentido, de salvación, de encuentro, de gracia la que se ofrece.

En primer lugar hablamos de Dios con nuestra vida. Conjugamos el verbo de la alegría, entonamos la existencia como alabanza y nuestro quehacer comprometido a favor de los pobres se hace servicio y se hace también pregunta. Puede producir admiración, pero antes o después producirá un interrogante. Los otros jóvenes nos tacharán de “católicos” o simplemente de “gente de Iglesia” o de “gente alternativa” o simplemente pensarán que somos algo especial... Y en verdad lo somos. Cuando en torno nuestro alguien sabe que hay un creyente, muestra respeto y sabe que hay una identidad tocada por el amor. Quizá la presencia pone nervioso y se traduce en un rechazo, en un desprecio o en un combate ideológico, pero el testimonio existencial siempre provoca, siempre inquieta a los que tenemos cerca. Como santos o simplemente como discípulos del Señor nuestra vida es encarnadura y aguijón de nuestros compañeros de camino.

Más allá del testimonio de vida, individual y comunitario, el testimonio es también comunicación de todo lo vivido, explicación y narración del sentido que hemos encontrado para la propia vida. Es decir a quien hemos encontrado porque se hizo el encontradizo. Es ser testigos de un amor participado, de la gracia recibida, del don de la fe. Pero el testimonio cristiano nunca puede ser exhibición impúdica de los propios pecados, sino comunicación gozosa y discreta, pero incontenible, del amor y de la alegría del evangelio. En verdad “hemos conocido el amor” y somos testigos del perdón de nuestros pecados, pero no los proclamamos de modo inmisericorde. Sabemos de nuestra indignidad, pero la misericordia es siempre un don infinitamente mayor que la miseria vivida y asumida por Cristo. Ya nunca diremos yo, sino Él, nosotros...

d. Sin pudor, el primer anuncio

En los primeros compases de la evangelización, junto a la presencia y el testimonio es imprescindible el denominado «primer anuncio». Se trata de «decir», de proferir y «confesar» el nombre de Jesús, como persona, como razón de nuestra existencia, como salvación, como buena noticia, como salida personal y comunitaria, como esperanza de la humanidad; se trata de proclamar su nombre, de ofrecer su palabras y de mostrar sus caminos de misericordia. Es el tiempo de decir que se acerca su Reino, que está entre nosotros.

No quedaría completa la acción misionera sin anunciar a Jesucristo: vencedor de la muerte, esperanza de los pobres, salvador del mundo, hijo de María y predicador del Reino de Dios. Decir a Jesucristo comunicándolo y proponiéndolo sin pudor alguno, sin fanatismo, como quien no puede callar, como quien está impelido para proclamar y para cantar las maravillas que ha visto y ha escuchado. El primer anuncio es intenso, espontáneo, propositivo, gozoso, como un suspiro, como un grito, como un candil que alumbraba.

¡Ven y lo verás...! ¡Ha muerto y ha resucitado! ¡Dios, tal cual eres, te ama y está por ti! ¡Murió para dar vida... Vive entre nosotros! ¡Ama tus límites y perdona tus pecados! Son las palabras del anuncio primero... Suscita siempre un espíritu de conversión, de volverse hacia Dios, de reconocimiento de su Señorío y de su amor, un espíritu agradecido que se vincula y se «engancha» de un modo especial. En definitiva es el primer momento del evangelio: “«El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva.»” (Mc 1, 15). Siempre es convocatoria, siempre es llamada personal, por el nombre, siempre es propuesta y supone gran confianza tanto en quien anuncia como en aquello que se anuncia.

¿Cómo se hace el primer anuncio? Se hace poco a poco, o de golpe, bien a muchos o bien a uno solo... como a hurtadillas o con fuerza y estrépito. La audacia del ministerio sabe que la Palabra proclamada es espada afilada y brisa fresca en medio del bochorno, que es susurro y grito de rabia, ungüento y fuego. Todo a la vez, todo según venga y convenga. Aunque no importe mucho ni el cómo ni el cuando, con jóvenes, hoy, hay que hablar de Dios con franqueza, como quien comunica un tesoro, como quien inicia en los secretos del arcano, con libertad y sin miedo. Nadie como una persona joven para respetar la diferencia. Nuestra credibilidad se juega en el modo de comunicar a Dios en esta cultura juvenil. Decir y decir con autenticidad, sin ambages. Ha quedado atrás el tiempo de suponer la fe, de no hacer explícito a Aquel que de verdad mueve nuestra presencia y nuestra vida. Es tiempo de desvelar la fuerza de nuestra entrega y la pasión que hace arder nuestras entrañas.

No podemos engañar ni engañarnos. Nos interesan todos los problemas de todos los jóvenes, trabajaremos codo con codo en la formación integral, comprometeremos nuestras vidas en todas las causas, pero siempre como

testigos del Resucitado, como miembros de su Iglesia y como voz prestada a su Palabra de Vida y de Salvación.

e. Detectar la invocación profunda, más allá de “los gritos en la noche”

¿Qué lleva dentro esta nueva generación de jóvenes? ¿Están tan vacíos y desorientados como aparentan? ¿Late algo más en su interior? ¿Qué hay por debajo de la seducción mediática y de la fascinación por la noche? ¿Qué clama su corazón atrapado por el sexo? ¿Qué búsquedas silentes hay debajo de «las pastis» o los porros o más allá de la coca o del vagar sin sentido? ¿Qué hay detrás de las motos y del vértigo de la velocidad? ¿De veras rechazan a la Iglesia y a Jesucristo?

Si nos acercamos a ellos con amor, si nos aproximamos sin juicio y con paciencia, detectaremos algo bien valioso: una llamada, una invocación, un grito, una petición de ayuda, un reclamo de auxilio, una demanda de apoyo y una necesidad suprema de comprensión. Los jóvenes muestran muchas veces –al menos en su superficie- un rostro tenso, una vida sumida en el desdén, violenta en ocasiones, despreocupada casi siempre... manifiestan ausencia de sentido y de motivación para madrugar, para trabajar, para disfrutar verdaderamente de aquello que traemos entre manos... manifiestan en ocasiones malas maneras, pero el animador necesita ser muy agudo en su mirada y detectar atentamente su honda llamada. Están reclamando, aun sin saberlo, fuertes dosis de acogida y mucha mucha ternura; buscan una vida más auténtica, más verdadera y anhelan a ciegas la luz misma de Dios y toda su verdad. Pareciera que en su apariencia son una cosa, pero dentro de sí mismos son otra cosa bien diversa.

Nunca es fácil adentrarse en el interior de una persona. Se exigen varias condiciones: que te abran la puerta, que te inviten a entrar, que manifiesten deseo y que se den las condiciones objetivas para entrar en comunicación. Esta tarea siempre es delicada y sutil. Acompañar a esta nueva generación parece aún más complicado si tenemos en cuenta que la cultura dominante es una cultura de la imagen, pero que también es una juventud educada para el consumo, que ha exaltado el cuerpo, que vive una fuerte fragilidad afectiva y que se ha criado en el bienestar material. ¿Cómo comprender que aunque tengamos de todo estamos solos? ¿Cómo aceptar que el subidón del sexo sólo se ordena con grandes dosis de amor para siempre? ¿Cómo salir de la cárcel del presente y trascender el narcisismo sin horizonte social ni político? ¿Cómo romper los límites de la religión del cuerpo?

El animador atento no se escandaliza del grito porque atiende a quien grita. El educador verdadero le hará ver –con tacto y con mimo- que su malestar tiene remedio... que bastaría romper el cascarón y aprender el lenguaje de la verdad, de la belleza, de la vida y del amor ilimitado. Cruzar el umbral de las apariencias es imprescindible para educar en la fe, para proponerla y para anunciarla. Más allá de la creación está el Creador; más allá de las criaturas late el Señor de la Vida y por entremedias de la vida, aletea el Espíritu Santo.

Sólo con este convencimiento teologal de que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, y que a Dios le importamos, y que nos ama, se puede llegar al corazón de un joven.

f. Preparar las condiciones necesarias para “el milagro de la fe”

La fe siempre es una decisión personal, la acogida de un don y también un camino; la fe es una respuesta... pero ese camino parte de Dios y a Él nos conduce. Nos miró, nos sedujo, nos llamó y decidimos responderle. Como quien entrega su libertad a la otra libertad que le buscó y le amó primero.

Pasaron los tiempos de hablar de “opción”, porque la fe auténtica, la fe cristiana y evangélica es ante todo un milagro de encuentro, una suerte de gracia y de acción de gracias. Aquél que se hizo el encontradizo en el camino de Emaús se hizo camino, Palabra y Pan compartido, y provocó una vuelta a casa de los que tenían el corazón embotado. Por ese orden: se acercó, les escuchó, les habló y les explicó, compartió su hambre y se obró la gracia. Aquél que se paró en el pozo de Sicar primero escuchó, luego comprendió y por fin confió en la mujer de siete maridos y supo anunciarle que sería adoradora en Espíritu y en verdad. Aquél que escuchó decir: “¡Si quieres, puedes limpiarme!”, *al pasar a su lado* también percibió la fe del ciego que luego le seguiría por el camino.

¿Qué haremos, por tanto, los educadores para que se obre el signo de la fe? Crearemos condiciones, prepararemos el terreno, rezaremos y abonaremos el campo; no se espera de nosotros otra cosa. Enseñaremos a otear las huellas de Dios, ayudaremos a los jóvenes a que afinen el oído, a que miren viendo más allá de las apariencias, a que descubran las lecciones escondidas del sufrimiento y de la vida entregada; haremos lo posible porque entiendan el lenguaje de la memoria cristiana, de la tradición conservada a precio de sangre... y diremos, por último, al oído: *¡Ven y lo verás!*. En lugar de impedir el encuentro, ayudaremos humildemente a crear condiciones personales, comunitarias y eclesiales, sociales, educativas y pastorales. Y luego seguiremos confiando en que se produzca el milagro.

Los educadores cristianos somos voceros, precursores, preparadores y generadores de condiciones para el milagro de la fe. No depende la evangelización de nosotros, aunque Dios cuente con nosotros. Tampoco son tiempos de buscar la panacea de métodos, porque pasaron las épocas de ingenuidades. La complejidad de “las nuevas generaciones”, el mestizaje cultural y la fragmentación personal hacen viables muchas maneras de primera evangelización, son válidos muchos itinerarios y muchos métodos... pero sólo hay una condición exigible a todos: siempre proponer con amor, siempre respetar la libertad, nunca romper la comunión y jamás permitir que alguien o algunos se creen superiores a los demás.

g. Jesucristo: la novedad irreductible

¿Por dónde empezar? ¿Qué contenidos deberíamos decir primero? ¿Cuáles son los ejes que vertebran el anuncio explícito y resultan ineludibles en la primera evangelización? Es lugar común desde hace unos años el afirmar que en Pastoral Misionera se debe anunciar ante todo «el kerygma», es decir, la muerte y resurrección de Jesucristo. También nosotros creemos que es así. Anunciar el kerygma es narrar y decir a Jesucristo a quien o a quienes todavía no creen o no conocen a Jesús... es contar como hizo Pedro (Hch 2 y Hch 10) aquello que el Mesías ha hecho por mí y por nosotros, decir cómo un hombre nacido de mujer se acerca a todos como Señor y Liberador, comunicar cómo muere y resucita siendo constituido Salvador. Decirlo y mostrarlo como piedra angular de la persona y del mundo.

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Benedicto XVI) El contenido del anuncio es el mismo Jesucristo que ha esperado que nuestro corazón estuviera a punto, que desde la Cruz –como prueba suprema del amor- habla y anima a quien empieza a creer. Es de nuevo una oportunidad para experimentar, mucho más que para pensar. Una ocasión de conocimiento, pero sobre todo de reconocimiento del Señorío y de la Salvación. Son las dos cuestiones clave la que ahora hay que explicitar. Pasar de un testimonio que confiesa con San Pablo “Me amó y se entregó por mí” hasta un “ten confianza” porque también a ti te ama y también murió por ti y su Reino está muy cerca, entre nosotros.

Si no se produce este encuentro personal, íntimo e intransferible... hay que seguir esperando y no se puede afirmar que se ha cubierto el verdadero objetivo de la misión primera. En el primer anuncio se proclama definitivamente a Jesucristo -constituido por Dios como Señor y Salvador- para que la persona deje otros ídolos y le vuelva su mirada y su corazón en una conversión inicial sincera y auténtica dando entrada en su vida al único Señor. En ocasiones serán las parábolas o quizá sirvan los milagros, probablemente los evangelios de la infancia también ayuden para mostrar a Jesús... pero es definitivo e imprescindible comunicar la experiencia personal de los jóvenes con la Pascua del nazareno... Las enseñanzas de Jesús -sin el misterio pascual- pueden reducirse a ideas o praxis de educación moral; los milagros sin desvelar su condición de signos del Reino de Dios pueden exaltar la trascendencia de Jesús, pero carecen de su verdadera fuerza. Descubrirlo como algo más que un maestro, un taumaturgo, un “hombre libre”, un “hombre de Dios”... porque Jesús ha de ser anunciado, conocido y aceptado como Señor y Salvador definitivo y supremo.

Este es el reto que desafía la pastoral misionera con jóvenes: un anuncio íntegro del kerygma que aguarda una adhesión plena en el corazón. En algunos itinerarios nunca se llega a este verdadero clímax, pero en otros se quiere adelantar tanto que la impaciencia del pastor impide que se aprecie el verdadero alcance del conocimiento interno de Cristo.

ANEXO: Diez sugerencias para los animadores de pastoral con jóvenes³

1. El amor a los jóvenes es la raíz y la razón de ser de todo trabajo pastoral, misionero y evangelizador, catequético y eclesial en pastoral de juventud. Sólo el amor es el alma de la comunidad. El animador es animador porque ama apasionadamente. Está llamado, en el amor de Dios, a trabajar mediante la pedagogía del amor: El animador acompaña afectos, ofrece una síntesis doctrinal enraizada en unas convicciones profundas y favorece la celebración y el compromiso cristiano en una mediación eclesial que es el grupo-comunidad.
2. No se puede transmitir lo que no se vive. Por ello, el animador –si pretende favorecer la creación de comunidades eclesiales- ha de pertenecer de modo activo y comprometido a una comunidad cristiana. Es un creyente, preferentemente joven que habrá consolidado y probado su fe en una comunidad eclesial juvenil que lo envía y lo sustenta en su itinerario de animación pastoral con jóvenes.
3. Es imprescindible conocer la realidad de los jóvenes, su forma de vivir, su lenguaje, su afectividad, sus relaciones, su forma de interactuar con otros. Conocer su contexto y conocerles personalmente más allá de los tópicos y de los estereotipos. Para ello, el animador es alguien dotado con una excelente capacidad de escucha y de empatía. La ley de oro para conocer al otro es hablar el 20 % y escuchar el 80 %.
4. El animador es el acompañante ordinario de los jóvenes. Con unos años más que ellos es su referente ordinario. El grupo es la mediación educativa ordinaria, pero la relación educativo-pastoral que ofrece el animador-acompañante personaliza el proceso y permite cuidar la singularidad y originalidad de cada persona, de cada proceso personal.
5. Para ayudar a crear comunidad el animador necesita unos saberes, unas habilidades y unas actitudes características: conocer el dinamismo de los grupos humanos y eclesiales, esperar pacientemente el crecimiento humano y grupal, tener capacidad para ayudar a resolver conflictos, incentivar al grupo para programar con realismo y revisar la acción de modo ecuánime. En definitiva, el animador debe formarse teológica, espiritual y eclesialmente, psicológica y socialmente, en dinámica de grupos, en metodología cooperativa y participativa, y todo ello con una actitud de confianza en que el Espíritu Santo conduce la vida del creyente y construye la Iglesia.
6. El animador favorece el alumbramiento de la comunidad desde el momento en que ora, intercede, presenta a Dios a su grupo, y supera la tentación de la mecanización del trabajo pastoral. Se siente enviado por

³ J. C. GARCÍA DOMENE – J. L. PÉREZ ÁLVAREZ – T. GARCÍA, “Comunidad”, en: J.M. BAUTISTA, *Diez palabras clave sobre pastoral con jóvenes. Fórum de Pastoral con jóvenes* (Verbo Divino, Estella (Navarra), 2008, 96-98)

Dios y por la Iglesia y su oración -.genuinamente apostólica- se ofrece por los rostros y personas concretas. El grupo es el lugar de su compromiso apostólico y pastoral.

7. Tal como si fuera un director de orquesta, el animador tiene la función primordial de armonizar el proceso para que los polos divergentes se encuentren y enriquezcan a los jóvenes, verdaderos protagonistas del proceso comunitario. Armonizar la dimensión mística y solidaria-profética; armonizar la realidad grupal, con otras realidades locales eclesiales o con la universalidad de la gran Iglesia; armonizar la vida ordinaria con los eventos extraordinarios; armonizar el proceso personal con el ritmo comunitario de todos.
8. El animador es un nexo eclesial que vincula y concreta la pertenencia, es enviado y se convertirá en portavoz ante otras realidades y ante una organización mayor. El animador también forma parte de un equipo de animadores que programa, realiza y revisa la acción de forma coordinada. No es un iluminado ni un francotirador.
9. La versatilidad es la nota distintiva de los mejores animadores. Exigida por la nueva realidad eclesial y sociocultural y por ser la animación un ministerio de comunión.
10. La acogida incondicional del animador a todo joven, especialmente la acogida de quien es excluido y está empobrecido, expresa sacramentalmente la realidad eclesial de la salvación de Dios y de su amor sin medida y de su ternura. El animador es el rostro de Dios y de la Iglesia para los jóvenes.